

## **SOBRE LA ADAPTACIÓN DE LA RETÓRICA DEL TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO DE ORO TRAS EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA: ¿UNA CONCESIÓN MÁS DE LA POESÍA BARROCA A LO POPULAR?**

*Mercedes Cobos  
Sevilla*

Marcos A. Morínigo fue el primero en llamar la atención sobre lo que él entendió como «la aparición de un nuevo instrumental retórico» a raíz del descubrimiento de América, debida, a su parecer, no sólo al desgaste de expresividad que habían sufrido las fórmulas retóricas de origen grecolatino por la frecuencia del uso, sino también a que su simbolismo nunca pudo tener significado pleno para la imaginación de la mayoría por las limitaciones propias de su carácter erudito<sup>1</sup>. Hay que advertir que, de hecho, lo que tuvo lugar no fue exactamente la aparición de un nuevo instrumental retórico, sino la adaptación, en buena medida, de la retórica al uso a las nuevas circunstancias provocadas por el Descubrimiento, dando lugar a su remozamiento y renovación, aunque posteriormente la mayoría de estas adaptaciones llegaran a resultar casi tan manidas como las fórmulas y lugares comunes que originariamente vinieron a renovar. Pero, sobre todo, es de notar que, en contra de la opinión de Ángela B. Dellepiane, y, en cierta medida, también del mismo Morínigo, la incorporación de las Indias a la retórica del Siglo de Oro no se debe ni ha de interpretarse únicamente y sin excepción como una concesión más de nuestra literatura áurea a lo popular, al gusto del público, a la moda<sup>2</sup>, ya que —ciñéndonos a la poesía— las primeras incorporaciones de las Indias a las fórmulas retóricas tradicionales no tienen su origen en el Barroco, sino en la poesía culta de finales del Quinientos. Además, en cuanto a la dramática se refiere, entre otras cosas, Morínigo y Dellepiane parecen

---

<sup>1</sup> Cfr. Marcos A. Morínigo, *América en el teatro de Lope de Vega*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946, p. 247.

<sup>2</sup> Cfr. Ángela B. Dellepiane, *Presencia de América en la obra de Tirso de Molina*, Madrid, 1968, p. 217.

olvidar que el público que asistía al teatro era muy variado. Ello explica que en este género encontremos recursos retóricos muy sencillos, especialmente conceptistas, junto a algunos otros de mayor complejidad, característicos de la poesía culta.

El uso retórico de Indias, que dio lugar a comparaciones, metáforas puras e impuras, metonimias, sinécdoques, dilogías –muy frecuentemente al jugar con el significado de nombres propios– y otros juegos conceptuales, forma parte importante de la retórica del conceptismo tan de moda en el XVII:

TRISTÁN De vuestros bienes y daños  
hoy he de ser el Colón.

D. ENRIQUE Es cierto, porque Indias son  
en amor los desengaños;  
que no hay riqueza mayor.

TRISTÁN Antes, Don Enrique, anegue  
el mar mi vida, que llegue  
a tales Indias mi amor.

(Ruiz de Alarcón, *Todo es ventura*)<sup>3</sup>

[...] ¿qué mayor gloria,  
que más Indias puedo hallar  
tras tanto amor que alcanzar  
de vuestro desdén victoria?

(Ruiz de Alarcón, *El semejante a sí mismo*)<sup>4</sup>

DEMONIO Soy un piloto profundo,  
Magallanes del estrecho  
de los deleites del Mundo,  
y en las Indias del Provecho  
un Draque, dragón segundo

(Vega Carpio, *Viaje del alma*)<sup>5</sup>

–¡Al Prado, cochero, al Prado!  
Da la vuelta.  
A la Victoria  
Magallanes de los coches.

(Vega Carpio, *Las bazarrias de Belisa*)<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Cit. por Dellepiane, op. cit., p. 141.

<sup>4</sup> Cit. por id., p. 222 n. 3.

<sup>5</sup> Cit. por Morínigo, op. cit., p. 237.

<sup>6</sup> Cit. por id., p. 237.

Es cuanto para el deseo  
nuevo Colón descubrí.  
(Vega Carpio, *La despreciada querida*)<sup>7</sup>

Mujer conozco que trata  
de irse al Río de la Plata  
para echarse en él de Pechos  
(Vega Carpio, *La burgalesa de Lerma*)<sup>8</sup>

[...] Es bizarro,  
y tú su Potosí y él tu Pizarro.  
(Tirso de Molina, *Quien no cae no se levanta*)<sup>9</sup>

¿Mar dices? Llámale así,  
que ese apellido le da  
quien se atreve a navegalle,  
y advierte que es esta calle  
la canal de Bahamá.  
Cada tienda es la Bermuda;  
cada mercader inglés  
pechelingue u holandés,  
que a todo bajel desnuda.  
Cada manto es un escollo  
Dios te libre de que encalle  
la bolsa por esta calle.  
(Tirso de Molina, *La celosa de sí misma*)<sup>10</sup>

Yo de tu beldad presumo,  
que es como el tabaco en humo,  
que al principio desatina  
(Tirso de Molina, *En Madrid y en una casa*)<sup>11</sup>

mas si envidiosos han hecho  
que zozobre tu bajel  
en las Indias de palacio,  
salvar las vidas es bien.  
(Tirso de Molina, *Próspera fortuna de  
D. Álvaro de Luna y adversa de Ruy López*)<sup>12</sup>

<sup>7</sup> Cit. por id., p. 229.

<sup>8</sup> Cit. por id., p. 106.

<sup>9</sup> Cit. por id., p. 33.

<sup>10</sup> Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, ed. de Blanca de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1962, II, p. 1442. Cit. por Dellepiane de manera incompleta (vid. op. cit., p. 68).

<sup>11</sup> Cit. por Dellepiane, op. cit., p. 110.

<sup>12</sup> Cit. por id., p. 219. Vid. otros ejemplos en pp. 32-34, 95, 97, 176-177, 181 y 218-219.

Y, tras él, Dellepiane puso de manifiesto el uso de esta nueva fórmula retórica por parte de Tirso de Molina:

Aguárdale hasta que salga  
a rondar como acostumbra,  
cuando al Indio el sol alumbra  
(Primera parte de *La Santa Juana*)<sup>16</sup>

Asimismo puede hallarse en otros dramaturgos, como, por ejemplo, Salas Barbadillo:

Una noche, al tiempo cuando  
suele el sol hecho un carmín  
embarcarse para Indias  
(*El sagaz Estacio*)<sup>17</sup>

Aunque, como se ve, la fórmula no es exclusiva de Lope, es especialmente frecuente no sólo en su obra dramática, sino también en la lírica<sup>18</sup>.

De la misma manera que la marcha del sol –o su correspondiente representación mitológica– a Indias permitía expresar el anochecer en nuestro hemisferio, el paso de la luna o la noche permitía expresar el amanecer, si bien esto último suele ser poco frecuente, incluso en Lope, probablemente por el mayor arraigo con que contaba la fórmula clásica dentro de la tradición literaria, como demuestra el citado estudio de Lida de Malkiel:

que, aunque al tal primo estudiante  
vuestra dama dé lugar  
y entrada cuando es de día,  
de noche no, que su puerta  
para ninguno está abierta;  
puesto, aunque es malicia mía,  
que asistente en una reja  
las más le sale a escuchar,  
y con él suele hablar

<sup>16</sup> Cit. por Dellepiane, op. cit., p. 88. Vid. otros ejemplos en pp. 87-88 (adviértase que la cita correspondiente a *Los balcones de Madrid*, reproducida de forma parcial, no es ilustrativa de esta fórmula retórica).

<sup>17</sup> Cit. por id., p. 88.

<sup>18</sup> Vid. Lope de Vega, *Obras poéticas*, ed. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 38-39, 42, 86, 140, 147, 149, 152-156, y *Poesía selecta*, ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 331, 356 y 498.

hasta que al indio el sol deja  
(Tirso de Molina, *Bellaco sois, Gómez*)<sup>19</sup>

Cuando la vecina noche  
[...]  
[...] a las Indias de occidente  
huya con plantas desnudas  
(Vega Carpio, *Amar sin saber a quién*)<sup>20</sup>

Volviendo al caso más común, hay que decir que esta nueva forma de expresar el anochecer en nuestro hemisferio por el amanecer en el contrario o, más exactamente, por la marcha del sol a Indias, no se debe a la genialidad de Góngora, ni de Lope, aunque este último sea uno de los autores que más partido supo sacar de ella, ni tiene su origen en la poesía barroca, pues, de hecho, dicha fórmula retórica se apuntaba ya en el cancionero de Petrarca<sup>21</sup>. Y ya en 1556 Juan de Mal Lara nos ofrece una temprana muestra de ella:

Que nueva luz he visto por la tierra?  
que rayos por España se han tendido?  
no son del sol en lumbre esclarecido  
que al otro polo huye y se destierra<sup>22</sup>

En este recorrido cronológico creemos que no deben pasarse por alto los versos de Herrera, «I el indo que primero ve l'Aurora, / i el otro que más tarde alumbra Apolo»<sup>23</sup>, sobre los que volveremos más adelante, ni tampoco los siguientes —estos últimos se hallaban ya en el comúnmente denominado texto H (1582)—:

Cual d'ambición i d'avaricia ciego,  
sulca el piélagos inmenso peregrino,  
i ve del sol más tarde el claro fuego<sup>24</sup>

<sup>19</sup> Tirso de Molina, *Obras dramáticas completas*, ed. cit., III, p. 1391. Cit. por Dellepiane de manera incompleta (vid. op. cit., p. 88).

<sup>20</sup> Cit. por Morínigo, op. cit., p. 251. Vid. también Lope de Vega Carpio, *Obras poéticas*, ed. cit., p. 161. En el soneto «Sentado Endimión al pie de un Atlante», Endimión, personaje de la mitología clásica, se dirige a la luna diciéndole: «ya los opuestos indios enamoras» (ibid., p. 32), lo cual pone claramente de manifiesto el valor puramente retórico de dicha fórmula.

<sup>21</sup> Vid. Francesco Petrarca, *Cancionero*, ed. de Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 257 y 259.

<sup>22</sup> Juan de Mal Lara, «Que nueva luz he visto por la tierra?» en Alejo Salgado Correa, *Regimiento de jueces*, Sevilla, Martín de Montedoca, 1556, «preliminares».

<sup>23</sup> Fernando de Herrera, *Poesía castellana original completa*, ed. de Cristóbal Cuevas, Madrid, Cátedra, 1985, p. 663.

<sup>24</sup> Ibid., p. 441.

En ellos se apunta igualmente dicha idea, que asimismo encontramos en la epístola de Juan de la Cueva *Al licenciado Laurencio Sanches de Obregón, Primer Corregidor de México*, compuesta en 1574 o poco después<sup>25</sup>. Eugenio de Salazar también se vale de esta fórmula en una composición algo posterior a la de Cueva: la *Descripción de la laguna de Méjico*, escrita, asimismo, en dicha ciudad americana<sup>26</sup>. De la misma manera podemos encontrarla en los versos de Jáuregui<sup>27</sup>, Francisco de la Torre<sup>28</sup> o Belmonte Bermúdez –quien, además, nos ofrece un ejemplo del caso menos frecuente–. Éste hace uso de ella en unos versos compuestos para la justa poética celebrada en Madrid en 1622 con motivo de la canonización de San Isidro, en los que, como es frecuente en las composiciones de certámenes, encontramos cierta complicación conceptual<sup>29</sup>. Nada comparable, sin embargo, a la genialidad con la que Góngora<sup>30</sup> utiliza la que debía ser ya fórmula de uso común, como evidencia tanto su utilización por autores oscuros –el antequerano Alonso Cabello o Francisco de Cuenca Rioja<sup>31</sup>– como la misma complicación a la que la somete no sólo Góngora, sino también Lope, en estos versos de *El poder en el discreto*, referidos al amor del rey:

Dará sus rayos primeros  
en mí, si es Sol de las dos,  
y seréis sus Indias vos,  
que vendrá de noche a veros<sup>32</sup>

Por otra parte, creemos, con Ángel Franco, que la referida fórmula se explica por la identificación de las Indias Occidentales con nuestras an-

<sup>25</sup> Vid. Biblioteca Capitular y Colombina, ms. 82-2-4, ff. 135v<sup>o</sup>-136r<sup>o</sup>.

<sup>26</sup> Bartolomé José Gallardo, *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, IV (Madrid, Rivadeneyra, 1889), ed. facsímil, Madrid, Gredos, 1968, col. 366.

<sup>27</sup> Vid. Juan de Jáuregui, *Obras*, ed. de Inmaculada Ferrer de Alba, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, I, p. 58.

<sup>28</sup> Vid. Francisco de la Torre, *Poesía completa*, ed. de María Luisa Cerrón Puga, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 252 y 256.

<sup>29</sup> Vid. José Simón Díaz, *Textos dispersos de autores españoles*, Madrid, CSIC, 1978, pp. 19 y 23-30.

<sup>30</sup> Vid. Luis de Góngora, *Obras poéticas*, ed. de R. Foulché-Delbosc, New York, The Hispanic Society of America, 1970, I, p. 272.

<sup>31</sup> Vid. *Segunda parte de las Flores de poetas ilustres de España ordenadas por Juan Antonio Calderón*, ed. de Juan Quirós de los Ríos y Francisco Rodríguez Marín, Sevilla, 1896, pp. 230 y 311.

<sup>32</sup> Cit. por Morínigo, op. cit., p. 250 (vid. otro ejemplo en la misma página y también, *Poesía completa*, ed. cit., pp. 38-39).

típodas, pero no que ello responda a una idea exclusivamente «popular», como asimismo sostiene<sup>33</sup>. En realidad, la identificación de América con nuestras antípodas fue una cuestión que tomaron muy en serio los cronistas y otros humanistas, como Lucio Marineo Sículo<sup>34</sup> o López de Gómara, quien dedica tres capítulos a esta cuestión: «Los antípodas, y por qué se llaman así», «Dónde, quién y cuáles son antípodas» y «Que hay paso de nosotros a los antípodas, contra la común opinión de los filósofos»<sup>35</sup>. Antes que él la había abordado Pero Mexía en sus *Coloquios* (1547)<sup>36</sup> y más tarde volverá sobre ella Fernando de Herrera en ese compendio de saberes humanísticos que son las *Anotaciones* (1580)<sup>37</sup>.

Además, dicha cuestión estaba estrechamente relacionada con la del supuesto clima abrasador de las Indias, por hallarse éstas situadas en la zona que los antiguos filósofos denominaron la tórrida, debido al excesivo calor que, a su parecer, la hacía inhabitable. Opinión, cuya falacia había puesto de manifiesto la experiencia del hombre moderno:

Thales, Pitágoras, Aristóteles, y tras él casi todas las escuelas griegas y latinas, afirman que la tierra de ninguna manera se puede morar toda, en unos sitios por muy caliente y en otros por muy fría. Otros, que reparten la tierra en dos partes, a las que llaman hemisferios, dicen que en una no hay hombres ni los puede haber, y que de pura necesidad han de vivir en la otra, que es donde nosotros estamos, y aun della quitan tres tercios, de cinco que le ponen; de suerte que, según ellos, sólo dos partes, de cinco que tiene la tierra, son habitables. Para que mejor entiendan esto los romancistas, que los doctos ya lo saben, quiero alargar un poco la plática. [...] Dos son frías, otras dos templadas y la otra caliente. [...] la zona fría del norte, que por su demasiada frialdad es inhabitable; [...] la zona templada y habitable, donde está el trópico de Cáncer; [...] la zona tórrida, que por tostar y quemar los hombres la llaman así, y es inhabitable; [...] la otra zona templada, donde está el trópico de Capricornio; [...] la otra zona fría e inhabitable que cae al sur. [...] La causa que alegan para no poder vivir los hombres en las tres zonas y parte de la tierra es el grandísimo frío

<sup>33</sup> Cfr. Ángel Franco, *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro*, Madrid, 1954, p. 304.

<sup>34</sup> Vid. Lucio Marineo Sículo, *Vida y hechos de los Reyes Católicos*, Madrid, Atlas, 1943, pp. 54-55.

<sup>35</sup> Vid. Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias «Hispania Vitrix» cuya segunda parte corresponde a la conquista de Méjico*, Barcelona, Iberia, 1954, I, pp. 13-16.

<sup>36</sup> Vid. Pero Mexía, *Coloquios*, Sevilla, BBSS, 1947, pp. 130-132.

<sup>37</sup> *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas. Obras completas del poeta acompañadas de los textos íntegros de los comentarios de El Brocense, Fernando de Herrera, Tamayo de Vargas y Azara*, ed. de Antonio Gallego Morell, Madrid, Gredos, 1972, p. 468.

que con la mucha distancia y ausencia del sol hay en la región de los polos, y el excesivo calor que hay bajo la zona tórrida por la vecindad y continua presencia del sol. Lo mismo afirman Durando Scoto y casi todos los teólogos modernos [...]. La experiencia, que nos certifica por entero de cuanto hay, es tanta y tan continua en navegar el mar y andar la tierra, que sabemos que es habitable toda la tierra, y cómo está habitada y llena de gente. Gloria sea de Dios y honra de españoles, que han descubierto las Indias, tierra de los antípodas; los cuales descubriendo y conquistándolas, corren el gran mar Océano, atraviesan la zona tórrida, y pasan del círculo Ártico, espantajo de los antiguos<sup>38</sup>.

Sin embargo, la explicación que propone Morínigo sobre el origen de este tópico en torno al clima de las Indias nada tiene que ver con la tradición clásica: «Andando los años, la natural expansión de la conquista llevó a soldados y colonos a tierras de los más variados climas, pero la idea de la América tropical y su sol abrasador, difundida por los colonos que recogen en ella su primera experiencia de la vida americana, se aplicará por generalización a toda América, y desde entonces toda evocación de la vida en las Indias la llevará implícita como uno de sus más tenaces elementos». Por tanto, «Las tierras de América –continúa– se constituyen en símbolo de tierra ardiente, como seguía siendo Etiopía para la literatura erudita»<sup>39</sup>. A continuación ofrece los siguientes ejemplos tomados de la obra de Lope:

[...] sirvan de trono  
a tus pies el Scita helado  
en el más frígido clima,  
y desde Sofala a Lima  
el indio más abrasado.

*(Segunda comedia del príncipe perfecto)*<sup>40</sup>

Y aunque en España nací,  
me conocen y respetan  
en el ardiente Brasil,  
y desde la Scitia helada  
hasta las Indias de Ofir.

*(El valiente Céspedes)*<sup>41</sup>

<sup>38</sup> F. López de Gómara, op. cit., pp. 10-11 y 13.

<sup>39</sup> Op. cit., p. 117.

<sup>40</sup> Cit. por id., p. 117.

<sup>41</sup> Cit. por id., pp. 117-118 (añadimos el último verso de este segundo pasaje, omitido por Morínigo).



Pero no parece ser Lope, ni la poesía dramática, sino la lírica, de la mano de Fernando de Herrera, nuestro poeta más erudito, la que da cabida a las Indias en ciertas fórmulas retóricas tradicionales, claramente hiperbólicas, que, con variantes, vuelven a aparecer más tarde en la obra de otros autores líricos y dramáticos, entre ellos Lope, al que ya hemos citado, o Ruiz de Alarcón:

DON JUAN ¿Atrevéisos por mí  
a partir a una jornada?  
[...]

Es larga.

LEONARDO Aunque sea tan larga  
que al antípoda visite,  
Libia ardiente o Scitia helada.

(*El semejante a sí mismo*)<sup>42</sup>

El mismo Morínigo cita un pasaje de la elegía de Herrera al marqués de Tarifa, «Si el presente dolor de vuestra pena» —del que los comúnmente conocidos como textos H (1582) y P (1619) ofrecen versiones coincidentes—, en el que, a su parecer, el *Divino* «recoge la opinión popularizada sobre el clima de América»<sup>43</sup> y, aplicándose a la tarea de renovar la retórica heredada de la literatura clásica, cuya expresividad se hallaba desgastada por la frecuencia del uso y cuyo simbolismo nunca pudo tener significado pleno para la imaginación de la mayoría por las limitaciones propias de su carácter erudito<sup>44</sup>, contrapone «el “lapón frío”, no al etíope, sino al habitante del “Amazonio río” a quien “el, alto Febo abrasa tanto”»<sup>45</sup>:

Que si, como pretendo, yo levanto  
la voz, el indo extremo, el lapón frío,  
i aquél qu’el alto Febo abrasa tanto,  
i quien abita el Amazonio río,  
onrarán vuestro nombre generoso,  
admirados d’oír el canto mío<sup>46</sup>.

No podemos compartir la opinión de Morínigo, no sólo porque estamos convencidos de que el verso «i aquél qu’el alto Febo abrasa tanto» no alude al habitante del Amazonas, como interpreta este crítico, sino porque cree-

<sup>42</sup> Cit. por Dellepiane, op. cit., p. 91 n. 3.

<sup>43</sup> Op. cit., p. 54.

<sup>44</sup> Cfr. ibid., p. 247.

<sup>45</sup> Ibid., p. 248.

<sup>46</sup> Ed. cit., p. 462.

mos que esta y otras alusiones a la zona tórrida que se hallan en la obra de Herrera forman parte de una fórmula retórica en la que dicha zona representa el Sur por su localización en África. Lo que tenemos en este pasaje es la mención del habitante del río Amazonas como alusión a América —i quien abita el Amazonio río— y, por tanto, al Oeste, junto a la referencia o alusión a otros pueblos representativos de Oriente, y, por tanto, del Este —el indo extremo—, así como a los de la zona fría, localizada en el Norte y representante de esta parte de la tierra —el lapón frío—, y a la tórrida, identificada con África y, así pues, con el Sur —i aquél qu'el alto Febo abrasa tanto—. Se trata de una fórmula perifrástica alusiva e hiperbólica con la que se pretende expresar la totalidad de la tierra mediante la mención de sus partes Oriental (Este) y Occidental (Oeste) y sus zonas fría (Norte) y tórrida (Sur), como en estos versos pertenecientes a unas décimas anónimas, recogidas por 1627 ó 1628 en el llamado *Cancionero antequerano*:

Tras la hermosa y fresca aurora  
sale nuestro padre Febo,  
y, en verla venir de nuevo,  
de contento el campo llora;  
en su venida mejora  
y toma alivio el doliente;  
desde el ocaso al oriente,  
del alemán al adusto  
recibe entrañable gusto  
cuanto su venida siente<sup>47</sup>.

Aquí, además, por conocida, el autor se permite ya suprimir parte del tercer y del cuarto término de la fórmula, por lo que ignoramos en qué habitante de la zona tórrida estaba pensando, aunque ello no impide la comprensión de la perífrasis. En el caso de los versos de Herrera, dado el gusto de éste por dicha fórmula alusiva a las cuatro partes del mundo, parece evidente que el verso «i aquél qu'el alto Febo abrasa tanto» se refiere a los habitantes africanos (Sur), así como que el «indo extremo» debe entenderse como una referencia al indio oriental (Este), puesto que el Occidente (Oeste) está representado por el habitante del Amazonas. Así parece entenderlo también Cristóbal Cuevas, cuya edición seguimos para todas las citas de la obra poética del *Divino*. Adviértase que, según la

<sup>47</sup> *Cancionero antequerano recogido por los años de 1627 y 1628 por Ignacio de Toledo y Godoy*, ed. de Dámaso Alonso y Rafael Ferreres, Madrid, CSIC, 1950, p. 146.

interpretación propuesta por Morínigo, la fórmula quedaría coja por faltar la alusión correspondiente al Sur, mientras que se duplicaría la relativa al Oeste.

Muy ilustrativa resulta a este respecto la variante de H –texto publicado en vida del poeta, como nadie ignora– respecto a P –el cual ha suscitado no pocos recelos, como también es bien sabido– que ofrecen los vv. 121-125 de la canción panegírica a don Juan de Austria por la reducción de los moriscos, «Cuando con resonante», que Coster data en torno a 1571, año en el que don Juan recibe el encargo de pacificar las Alpujarras<sup>48</sup>. El texto H trae la siguiente versión:

I llevarán su nombre  
de los últimos soplos d'Occidente  
con inmortal renombre  
al purpúreo Oriënte,  
i a do iela i abrasa el cielo ardiente<sup>49</sup>.

He aquí la de P:

I estenderà su nombre  
por do Zefiro espira en blando vuelo  
con inclito renombre  
al remoto Indio suelo  
i a do esparze'l rigor elado el cielo<sup>50</sup>.

La primera vuelve a insistir en la misma perífrasis alusiva e hiperbólica, esta vez aludiendo a los cuatro puntos cardinales, Norte, Sur, Este y Oeste, mediante las referencias a las zonas occidental →de los últimos soplos d'Occidente←, oriental →al purpúreo Oriënte←, fría y tórrida →si a do iela i abrasa el cielo ardiente← de forma directa, no mediante alguno de sus ríos, pueblos o naciones más representativos, como hemos visto en el caso anterior. En la versión que ofrece P la fórmula aparece incompleta, pues desaparece la referencia a la zona tórrida y, por tanto, al Sur. Aunque el «remoto Indio suelo» que se menciona en el v. 124 podría referirse tanto al occidental como al oriental, parece que debe interpretarse en este último sentido, viniendo a sustituir a la referencia directa a Oriente contenida en

<sup>48</sup> Cfr. ed. cit., p. 413.

<sup>49</sup> Ibid., p. 417.

<sup>50</sup> Ibid., p. 834. Esta edición contiene un error en la transcripción del v. 122 de la versión de P, que hemos subsanado reproduciendo la voz correcta, «estenderà» (vid. Fernando de Herrera, *Versos*, Sevilla, Gabriel Ramos Bejarano, 1916, p. 177), en lugar de «entenderà», como se lee en la citada edición de Cuevas.

este mismo verso en el texto H. Por tanto, se podría decir que en este caso la versión de P estropea la fórmula retórica de la versión H.

Dicha fórmula volvemos a encontrarla en la canción «Esparze en estas flores», dedicada a la condesa de Gelves, doña Leonor de Milán, que se recoge en B, H y P, y que no ofrece variantes entre las versiones de estos dos últimos, pero sí en el texto B (1578) donde se lee «al Danubio, y»<sup>51</sup> frente a «el Darién», de H y P:

Roxo Sol, qu'el dorado  
cerco de tu corona  
sacas del hondo piélago, mirando  
el Ganges derramado,  
el Darién, la Sona,  
i del divino Nilo el fértil vando<sup>52</sup>

Además, este verso ofrece un problema: la identificación de «la Sona». Kossof cree que puede tratarse del río Sonai, afluente del Brahmaputra, o del Sona, río pequeño de Panamá. Dicha identificación ha sido rebatida por Cristóbal Cuevas, en cuya opinión «la Sona» forma parte nuevamente de una alusión a los cuatro continentes, Asia (Ganges), América (Darién), Europa (Sona) y África (Nilo), representantes de los cuatro puntos cardinales, Este, Oeste, Norte y Sur respectivamente, y, en consecuencia, las identificaciones propuestas por Kossof implicarían, contra toda lógica, la duplicidad de la alusión al Este o al Oeste y la ausencia de referencia al Norte. Opinión, que compartimos. Teniendo esto en cuenta, Cuevas cree que «La “Sona” podría ser ‘la Somme’ –el antiguo Somona o Sumina–, río de Picardía (Francia), que pasa por San Quintín, Amiens, Abbeville, etc.»<sup>53</sup>. Por nuestra parte, creemos que «el Darién» no se refiera al istmo, como interpreta Cuevas<sup>54</sup>, sino al río del mismo nombre. De manera, que la mención de un río vendría a sustituir a la de otro, el Danubio.

En el *Panegírico al duque de Lerma*, Góngora parece seguir a Herrera en el uso que hace de esta fórmula en el soneto «Corre soberbio al mar d'el llanto mío» –que únicamente se recoge en el texto P–, si bien las referencias a las cuatro partes del mundo del cordobés no son ya tan escuetas como las del sevillano<sup>55</sup>:

<sup>51</sup> Ibid., p. 835.

<sup>52</sup> Ibid., p. 433.

<sup>53</sup> Ibid., p. 433 n.

<sup>54</sup> Cfr. Ibid., p. 433 n.

<sup>55</sup> *Obras poéticas*, ed. cit., II, pp. 261-262.

Corre sobervio al mar d'el llanto mío,  
 Betis claro, sagrado onor de ríos,  
 i no acaben mis grandes desvaríos  
 donde s'acaba, en él, tu grande río.

Antes oyan mi afán i desvarío  
 entre'l fuego i rigor de ielos fríos,  
 i se conduelan de los males míos  
 Libia ardiente i desnudo Islando frío.

I el indo que primero ve l'Aurora,  
 i el otro que más tarde alumbra Apolo,  
 hagan memoria eterna de mis daños<sup>56</sup>.

En resumen, no puede decirse que las primeras incorporaciones de las Indias a las tradicionales fórmulas retóricas hiperbólicas, con las que se solía hacer referencia a la totalidad de la tierra, se deban a una concesión a la idea popular sobre el clima americano que llevó a la sustitución del habitante africano, como, por ejemplo, el etíope, por el indio occidental. Si Herrera no lleva a cabo dicha sustitución es precisamente porque quiere atenerse a la tradición clásica, pero sin faltar a la verdad, es decir, sin pecar de ignorancia, como lo hubiera hecho de dar cabida en sus versos a la común opinión de los antiguos sobre el clima abrasador de las Indias y su inhabitabilidad, así como de no admitir, como lo hace en el verso «i aquél qu'el alto Febo abrasa tanto», que incluso algunas zonas de África se hallaban igualmente habitadas, de la misma manera que el extremo Norte de Europa, como también había demostrado la experiencia moderna contra lo que sostenía la filosofía antigua. Así, en la *Respuesta* al Prete Jacopín justifica de esta forma la disertación hecha en las *Anotaciones* al hilo del v. 180 de la epístola de Garcilaso «Aquí, Boscán, donde del buen troyano»:

[...] no os parezca tan gran disparate, aver dicho F. d. H. q[ue e]s comoda habitacion en la Equinocial, i en la mesma torrida zona. Porque en toda la latitud de aquella lista, quanto se abraça entre los tropicos, ái desiertos y arenas inhabitados, como se vê en Africa. En los cuales por la intensissima fuerça del Sol, que recuece el suelo y arenas, no ái abitacion. I muchas partes, de las que se abitan en ella, son calidissimas i demasiadamente destempladas, lo que no es en la Equinocial. [...] La isla de Santo Tome, que està debaxo el Equador, es abitada. La Trapobana, llena de innumerable multitud de gente, està en el mesmo Equador. Cerca de Quito, q[ue e]s en la Torrida, nieva, i assi escribe F. Lopez de Gomara, quando Pedro

<sup>56</sup> Ibid., pp. 662-663.

Alvarado fue a Quito año 1535; Passaron tambien unas mui nevadas sierras, i maravillaronse del mucho nevar, que hazia, tan debaxo la Equinocial. Vêd, lo que dize Diego <Fernandez> en la Istoría del Peru, i Geronimo Girava lo que trata de la Torrida. Alégo, Domine Prete, lo que refieren nuestros Escritores Españoles; para que los entendais. Porque segun se percibe de vuestra erudicion, no sois mui gran Latino aora<sup>57</sup>.

He aquí el pasaje de las *Anotaciones* al que se hace referencia en la cita anterior:

Los griegos y latinos negaron que hubiese Antípodas, y hicieron esta máquina inferior y orbe de las tierras habitado de una sola parte, afirmando que los dos extremos de él eran en el medio del año llenos de tinieblas y tan fríos que la naturaleza humana no podía tolerar aquel destemplado hielo y frialdad; y que la parte contenida en medio era siempre abrasada de tan intenso calor y ardor inmenso que no la podía sufrir algún viviente. Todo esto nos muestra la experiencia ser falso, y que nació del poco trato y conocimiento que tuvieron los antiguos del término de las tierras. Porque ya vemos por la industria y osadía de los españoles, mayor mucho que todas las fingidas hazañas de los héroes celebrados de la Antigüedad, la habitación debajo la equinocial, y en la misma tórrida zona, cómoda para la vida humana; y la razón dice que en la equinocial no puede haber excesivo calor o dañoso, siendo igual la noche al día y refrescando tanto ella como la sombra, cuanto el día calienta con el sol. Y no hay en la zona fría aquel insufrible rigor y demasiada intemperie del hielo, ni las perpetuas tinieblas que decían, la hacen inútil para el trato y operación de las cosas. Porque ni el frío es intolerable, ni se aparta el sol tanto de ella que la deje en privación perpetua de luz; pero ninguno hay tan ajeno de esta noticia, que no sepa que Noruega y Suecia y las regiones más subpolares son habitadas y frecuentadas de los mercaderes españoles, italianos y tudescos<sup>58</sup>.

Nada de ello ignoraba Lope, como demuestra en *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, en el diálogo que sostienen Cristóbal Colón y el duque de Medinaceli:

CELI	¿No sabéis vos, buen hombre, cuánto ha sido ventilado de antiguos y modernos si la tórrida zona ha producido hombres que sufran fuegos tan eternos?
COLÓN	Citia, señor, también los ha tenido que sufrieron sus ásperos inviernos;

<sup>57</sup> Juan Montero, *La controversia sobre las «Anotaciones» herrerianas*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1987, pp. 242-243.

<sup>58</sup> *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas...*, op. cit., p. 468.

y así el ardiente clima tener debe  
 quien sufra el sol, como la citia nieve.  
 CELI ¿Luego antípodas hay y hombres opuestos  
 a nuestros pies, como yo estoy ahora?<sup>59</sup>

La misma objeción pone el Rey de Inglaterra a Bartolomé Colón, quien da cuenta así del resultado adverso de su embajada:

Tan imposible, decía,  
 que era haber más mundo y gente  
 de la que se conocía,  
 ni habitar la zona ardiente,  
 como calentar la fría<sup>60</sup>.

Por último, he aquí la réplica del mismo Colón a la sugerencia de Pinzón de acudir al rey de Castilla:

Ya lo intenté, pero a todos  
 doy ocasión de burlar,  
 arguyendo de mil modos  
 que no se puede habitar<sup>61</sup>.

De todo ello parece desprenderse que las referencias de Lope al clima abrasador de las Indias, así como la utilización retórica de dicho lugar común, constituyen, efectivamente, una concesión, pero no a una idea popular, como aseguraba Morínigo, sino a un tópico de la filosofía antigua, cuya falacia, como se ha dicho, habían puesto de manifiesto la razón y la experiencia del hombre moderno, dejando en entredicho la autoridad de los antiguos:

Yo soy hija del conde Leonadío,  
 viejo y enfermo de servirte en guerras  
 al fuego indiano y al flamenco frío  
 (El molino)<sup>62</sup>

¡Qué presto hemos llegado  
 a las Indias, pues tan presto

<sup>59</sup> Cit. por Jorge Campos, «Lope de Vega y el descubrimiento colombino», *Revista de Indias*, 28-29, 1947, p. 739.

<sup>60</sup> Cit. por Sebastián de la Nuez, «América en una obra dramática de Lope de Vega: *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*», en *Teatro de Siglo de Oro. Homenaje a Alberto Navarro González*, Kassel, Reichenberger, 1990, p. 473.

<sup>61</sup> Cit. por id., p. 474.

<sup>62</sup> Cit. por Morínigo, op. cit., p. 117. Vid. otros ejemplos en pp. 117-118 y 121-122.

nos abrasa tanto sol!  
 (Los peligros de la ausencia)<sup>63</sup>

Concesión que, a diferencia de un historiador, bien podía permitirse un poeta, como hizo Lope, si no es que, como el *Divino* Herrera, aspiraba a ser un verdadero poeta erudito, para quien el error por desconocimiento de las disciplinas ajenas a la poética suponía, según advertía ya Aristóteles, una imperfección en el poeta, si bien, lógicamente, más leve que la falta de dominio de la propia arte poética<sup>64</sup>. Lo que se deja traslucir a este respecto en las *Anotaciones* y en la *Respuesta* de Herrera e incluso refleja su misma obra poética, no es sino el debate entre Antiguos y Modernos que libró el humanismo renacentista y en el que, en opinión de Maravall, el Descubrimiento del Nuevo Mundo contribuyó de manera decisiva al triunfo de estos últimos al poner de manifiesto el valor de la experiencia y de la razón frente al de la *autoritas*<sup>65</sup>:

Pero yo (valga dezir esto con mas umildad i moderacion de animo, que lo que suenan las palabras) no tengo por tan grande su [de Garcilaso] autoridad, ni aun pienso, que deve ser la de los antiguos todos (sáco siempre a Virgilio deste numero) que assi de tal suerte sean reverenciados; que no dexen lugar, para entender i juzgar sus obras, i tener mas respeto a la verdad, que a su opinion, i al amor que les devemos. Porque assi como estímó por descortesia i rusticidad contradezir sin causa a los buenos Autores, assi júzgo por invidia i afecion de animo no querer, o no osar traer en la presencia de los que saben, o dessean saber, lo que està dudoso. Por que se à de cubrir en silencio el error dellos con daño de todos los que los imitan, i à de aver quien defienda sus culpas contra razon? En esto se obligan ciertamente algunos ombres dotos a una religion supersticiosa, antes a una inorancia torpissima, queriendo poner sombra a los ojos de todos, i mostrar demasiadamente con su exemplo en cuanta veneracion se deven tener los escritores antiguos. Ombres fueron, como nosotros, cuyos sentidos i juizios padecen engaño i flaqueza, i assi pudieron errar, i erraron. Aunque no deshazen estos defetos su ecelencia; poque no se concedio a la naturaleza umana alguna seguridad en estas cosas. I devemos perdonar a los varones sabios los descuidos i faltas grandes, quanto mas las pequeñas; poque trabajaron por el gusto i aprovechamiento de todos. Mas en quien de todos aquellos, que conocemos, no ài algo que reprehender o dessear? Pero que cosa mas vil i abatida, o cual puede ser mayor ceguera de animo,

<sup>63</sup> Cit. por id., p. 118.

<sup>64</sup> *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas...*, op. cit., p. 588.

<sup>65</sup> Cfr. Juan Antonio Maravall, *Antiguos y Modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, pp. 429-453.



que no saber cosa por si, ni juzgalla, antes pender todo del sentido i juicio ageno? No guiarse por alguna razon, antes moverse siempre por la sentencia i opinion de otros? Porque no es otra cosa, dexarse ir cerrados los ojos con el parecer de los antiguos, que tenellos por mas que ombres [...]»<sup>66</sup>.

Así, pues, la explicación del papel que jugaron las Indias en la retórica de uno de los primeros poetas que se sirven de ellas a tal efecto, Fernando de Herrera, hay que buscarla en su deseo de erudición, que tan necesaria juzgaba para merecer el nombre de poeta, así como en su admiración por los modernos, y no en ninguna concesión a lo popular.

En definitiva, esperamos haber demostrado que las primeras incorporaciones de Indias a ciertas fórmulas retóricas clásicas no se debieron a una concesión a lo popular y, por tanto, que su incorporación a la retórica del Siglo de Oro no fue ni ha de interpretarse exclusivamente como consecuencia de dicha concesión.

---

<sup>66</sup> J. Montero, *op. cit.*, p. 198.